

le daban muy bien, como a todos los de la Cruz Verde, profundos conocedores de la tierra que pisaban, sin más vegetación que la de cuatro juncos escualidos; vegetación palustre de terrenos picantes como decía el Angel de Borrego? La arboleda estaba mucho más allá y formada por carrascas en el monte de Quero aunque en manos de alcazareños, pero de la huerta de Piédrola para acá, ni una hoja. A lo del arroyo le decían también el albardín por traerlo de allí en grandes cargas para quemar los hornos del yeso de cada casa que lo tenían, que eran muchas.

La vega Ocaña, va del Santo a Piédrola, con numerosas ondulaciones. Sus aguas se acumulan un poco más allá del centro aproximadamente y corren por él, lo poco que corren, formando el arroyo del Albardial que corta perpendicularmente la vía de Madrid y va a las Lagunas del camino de Villafranca y río Gigüela. Es una zona totalmente desprovista de vegetación y por ello y sus ondulaciones una de las zonas liebreras más famosas de toda La Mancha, donde se ven las liebres, los perros y los cazadores hasta perderlos de vista en los regateos de la caza pues hasta llegar a las arenas de Piédrola, donde estaba la espléndida huerta de Don Juanito, anunciando ya la más frondosa de José el Cuco, no hay ni una hoja y hará unos cincuenta años que llevado yo de esos mismos entusiasmos que se airean ahora pero con otros fines de favorecer a los enfermos pobres, por el tiempo que se hizo lo de Cinco Casas, puse yo, que no es mandarlos poner, sino hacer los hoyos y enterrar la planta, unos mil árboles entre almendros y eucaliptus de los que no dejaron ni uno, rodeando la huerta y el Castillejo o primera pedriza. Aparte de eso se pusieron unos miles de cepas en las capellanías que bajan del Rasillo o segunda pedriza, hasta la vía, de las que tampoco quedó ninguna y lo único que perdura de todo aquello, son las cepas y olivas que se pusieron en el Castillejo mirando a las casas y después cuidadas por un amigo de Quero. Alrededor de esta plantación se hizo una buena cerca de piedra con la que se sacó de los hoyos, hoy también en ruínas por los mismos transeuntes que arrancaban los árboles para hacer látigos o varas de arrear.

Alguna que otra madrugada nos amaneció allí al Angel de Borrego y a mí poniendo eucaliptus que se trajeron del matadero de Mérida, cada uno en su maceta. Se pusieron en todo lo alto, mirando al pueblo, frente a la linde del hermoso pedazo de León Ramos, el hombre de la Santiago de Peluza, y desaparecieron todos, pues como se ha dicho antes, las olivas y cepas que hay en ese mismo terreno mirando hacia las casas, es lo único que perdura de aquellas plantaciones y por ese tiempo, una viña que puso Pedro Arias enfrente, contra la huerta de Don Juanito.